

Los fugitivos no perdieron la ocasion, é impulsados por la brisa, halláronse en breve entre la escuadra inglesa que cruzaba por la embocadura del Tajo á fin de proteger su partida.

CAPÍTULO XXIII.

Desde la entrada de Junot en Lisboa hasta el tratado de Cintra (1807—1808.)

ENTRADA DE LOS FRANCESES EN LISBOA; JUNOT PROCURA EN VANO GRANGEARSE EL AFECTO DE LOS HABITANTES.—CONTRIBUCION DE CIENTO MILLONES; BANDERA FRANCESA; CONSPIRACIONES; SON REPRIMIDAS, PERO SUBSISTE EL PELIGRO.—NAPOLEON HIERE EL SENTIMIENTO NACIONAL.—EL DIA DEL CORPUS.—SUBLEVACION GENERAL.—ESFUERZOS DE JUNOT.—LLEGADA DE LOS INGLESES BAJO EL MANDO DE SIR ARTURO WELLESLEY (29 DE JULIO DE 1808).—BATALLA DE VIMEIRO; TRATADO DE CINTRA (30 DE AGOSTO DE 1808).

Entrada de los franceses en Lisboa; Junot procura en vano grangearse el afecto de los habitantes.

Después de tantos trabajos y peligros para impedir la salida de los buques y de los tesoros portugueses, Junot debía experimentar gran disgusto al saber que se había realizado la marcha; sin embargo, resolvió seguir sus instrucciones hasta el fin, y algunas horas después, entraba en Lisboa al frente de mil quinientos granaderos franceses y de algunos ginetes portugueses. Antes de establecerse en la ciudad, corrió á la torre de Belen, con la esperanza de interceptar al menos una parte de la fugitiva escuadra; pero era ya tarde, y los numerosos buques que divisó Junot á lo lejos nada tenían que temer ya del mariscal. Solo uno luchaba contra el viento, y el general cargó un cañon, que apuntó y disparó M. de Tascher, pero desgraciadamente dicho buque, que arrió en seguida su pabellon, no encerraba cosa de importancia.

El estupor que causara la fuga del gobierno portugués permitió á Junot apoderarse fácilmente de una capital de trescientas mil almas, siendo recibido por la comision ejecutiva, presidida por el marqués de Abrantes, á la cual el regente había confiado su reino. Junot se limitó á recomendar que se conservase

la tranquilidad pública, y á fin de lograrlo mejor púsose de acuerdo con un emigrado francés, M. de Novion, quien desde mucho tiempo tenia establecida en Lisboa una buena policia. «Hé encontrado, escribia el general al emperador, un regimiento de mil doscientos hombres, tan bueno como los de la vieja guardia, mandado por M. de Novion.» Sin embargo, por mucha confianza que inspirasen al general francés la comision de los cinco y la policia de M. de Novion, era indispensable no dejar á los portugueses el tiempo de recobrar confianza, si bien nada mejor para reanimarlos que el triste espectáculo de los haraposos soldados que mandaba el general francés. Al verlos tan extenuados y en tan corto número los habitantes de Lisboa preguntaban si eran los vencedores de Austerlitz y de Jena, y si se someterian por mas tiempo á un vano prestigio de gloria; mas Junot que dió severas órdenes para reunir el ejército, armarlo y vestirlo, mientras que licenciaba al ejército portugués, pudo devolverle el aspecto formidable que tenia al entrar en campaña. Aun no habian transcurrido quince dias desde la fuga del regente, cuando veinte y cinco mil franceses perfectamente equipados, ocuparon todas las posiciones importantes de Lisboa, y todos los alrededores de aquella ciudad hasta Abrantes, por el oeste, y por la parte del norte hasta Coimbra. Kellermann fué á acampar con su caballeria en las vastas llanuras del Alentejo, y los españoles se establecieron en Oporto, en Setubal, y en los Algarbes.

Junot, no contento con hacerse temer, quiso tambien hacerse amar, desplegando un grande zelo ya para asegurar el trabajo á los numerosos obreros del arsenal, ya para que no faltasen víveres á la capital, ya para mantener la disciplina y pagar todo lo que el soldado compraba. Muchos portugueses se unieron á él, y hasta las clases medias le hicieron adelantos de consideracion; pero la masa de la nacion estaba poco ilustrada, para apreciar la inmensa superioridad de la administracion francesa, sobre el triste gobierno de la regencia, y lejos de renegar de sus soberanos que la abandonaban, escuchaba solo á los que le hablaban en nombre de la fe y de la patria amenazada.

Contribucion de cien millones; bandera francesa; conspiraciones; son reprimidas, pero subsiste el peligro.

Nada sin embargo anunciaba una sublevacion y el odio que inspiraban los franceses se revelaba únicamente en riñas individuales y en asesinatos aislados; pero la contribucion de cien millones impuesta por el emperador á Portugal, llevó á su colmo la indignacion pública; ¿con qué derecho imponía la Francia semejante tributo á Portugal, esto es, á una nacion que no se habia sometido, sino que se habia dado? ¿Cómo pagarlo, cuando el comercio estaba arruinado, cuando las colonias no existían ya, y cuando las familias mas ricas habian huido con sus tesoros al aproximarse los franceses?

Cometiése tambien otra falta no menos grave, que ofendió el orgullo nacional tan cruelmente como habia herido la otra los intereses, y fué la de reemplazar el estandarte portugués con la bandera francesa en todos los edificios públicos. Esto produjo un principio de sublevacion (13 de diciembre) que fué preciso reprimir por medio de un gran aparato militar, quedando todo sumido en silencio, pero en el silencio de la ira. Los franceses en lugar de aprovecharse de esta leccion, mandaron reemplazar el escudo portugués por el águila imperial; pero ningun obrero accedió á gravar el emblema de la servidumbre, y los soldados de Junot hubieron de encargarse de la obra.

Para desarmar los legítimos resentimientos que se habian provocado, el duque de Abrantes (este era el nuevo título de Junot) se vió obligado á recurrir á la fuerza. Habiéndose formado una conspiracion en Caldas de Rainha, fueron presos los principales habitantes de la ciudad, y puestos á disposicion de los tribunales militares, siendo seis de ellos condenados á muerte, y ejecutados con terrible aparato. ¡Vano rigor! Los sentenciados fueron considerados como mártires cuyo ejemplo era preciso imitar, y sus jueces mirados como verdugos, cuyos nombres inspiran terror todavía. Entonces empezó Junot á comprender mejor la clase de hombres que estaba gobernando, y vióles no indolentes, cobardes, ni dignos de la servidumbre, sino entusiastas y pacientes. Lo que escribia Napoleon á Murat, hablando de los españoles, era aplicable tambien á los portugueses: «No creais

atacar á una nacion desarmada... tendreis que lidiar con un pueblo nuevo, que tiene todo el valor y todo el entusiasmo de los hombres que no han sido gastados por las pasiones políticas» (29 de marzo de 1808).

Verdadero rey, bajo el modesto título de gobernador general, Junot trató por todos los medios de pacificar el país, y mientras fortificaba con gran prisa las riberas del Tajo, la torre de Belén y el castillo de Lisboa, para conservar la capital y tener á raya á los ingleses, se ocupaba privilegiadamente en desorganizar la insurreccion, y en reparar los tres navios que habia en el puerto.

Los restos del ejército portugués, que vagaban dispersos, podían reunirse facilmente y eran capaces de hacer temible la insurreccion. Junot declaró que conociendo el emperador el valor portugués, se complacería en ver á su servicio á diez mil soldados de dicha nacion, esclusivamente mandados por oficiales de portugueses; pero si la mayor parte de los jóvenes oficiales aceptaron el mando que se les confería, los soldados se indignaron al saber el destierro que el extranjero queria imponerles, evaluándose en tres mil el número de los que desertaron antes de llegar á los Pirineos. Los demás permanecieron fieles á sus banderas, y combatieron con valor bajo el nombre de legion lusitana, por una causa que detestaban. Su divisa expresaba su disgusto: *vadimus inmiati Danais haud numine nostro.*

Napoleon hiere el sentimiento nacional.

Léjos de desmayar por estas manifestaciones del odio nacional, Junot se lisonjeaba de reconciliar á los portugueses con su gobierno, demostrándoles que solo él representaba el progreso, la libertad y la regeneracion. Con esta esperanza envió á Bayona, al lado de Napoleon, á algunos de los personajes mas importantes del reino, á fin de que pudiesen oír de boca del emperador la suerte que les estaba reservada.

Pero esta entrevista, que hubiera debido producir los mas felices resultados, no correspondió á las esperanzas del gobernador general. Apenas los diputados portugueses habian llegado á Bayona, cuando Napoleon mandó que se le presentasen, y sin aguardar que el caballero de Lima, su presidente, hubiese con-

cluido su discurso, les dijo: «No sé lo que haré con vosotros; esto dependerá de lo que suceda en el Mediodía. Además ¿estais en el caso de formar un pueblo? ¿Teneis acaso la importancia necesaria para ello? Habeis sido abandonados por vuestro príncipe, el cual se ha hecho conducir al Brasil por los ingleses. Ha cometido una gran falta de la cual se arrepentirá.» Dirigiéndose luego á M. de Pradt, arzobispo de Malines, añadió sonriéndose: «Los príncipes son como los obispos, es preciso que residan.» Dificil era el expresarse de un modo mas ofensivo, y por consiguiente mas peligroso ante un pueblo orgulloso, y al cual convenia tranquilizar.

Napoleon continuó aun con mas acritud: «¿Cuál es la poblacion de Portugal? Dos millones de habitantes, no es verdad?— Señor,— cuenta mas de tres, contestó el caballero de Lima.—No lo sabia (1).—¿Y la de Lisboa, ciento cincuenta mil almas?— Señor, mas de trescientas mil.—Lo ignoraba (2). Estas preguntas indicaban que Napoleon conocia muy poco el Portugal.—«Pero en fin, dijo al terminar, ¿que quieren los portugueses? Quieren ser españoles?» Al oír semejantes palabras, el caballero de Lima, no pudo contenerse, segun refiere M. de Pradt, puso la mano en el puño de su espada y gritó: «No» en términos que su voz resonó por todo el ámbito de la sala. Napoleon pudo comprender entonces que habia cometido una grave falta, pues desde aquel momento de-

(1) Segun los cálculos mas recientes y exactos, la poblacion total de Portugal, sin comprender las colonias, se eleva á 3,604,684 habitantes divididos en 791,492 familias y en 4061 parroquias.

(2) Lisboa, situada en una admirable posicion, en la embocadura del Tajo es, sin contradiccion, una de las mas hermosas capitales de Europa; el terremoto de 1755 la arruinó por completo; mas Pombal la hizo renacer de entre sus ruinas, y si bien no la devolvió todos sus preciosos monumentos, dotóla en cambio de una regularidad desconocida hasta entonces.

Lisboa, que se extiende sobre una longitud de dos leguas, y que forma como un simicirculo, se divide en seis distritos: la Alfama, el Mouraria, el Rocio, el Bairro-Alto, la Santa Catharina y Belen. El número de calles importantes asciende á 351; el de las plazas á 60, entre ellas 42 muy grandes. La principal es la de Rocio en la que se eleva la estatua ecuestre de José I, con el medallon del gran marqués que D.^a Maria I hizo desaparecer, pero que D. Pedro ha restablecido.—Es difícil apreciar exactamente la poblacion de Lisboa careciendo como carecemos de una estadística regular: en 1826 se calculaba en 220,000 habitantes, M. J. Urcullu dice elevarse á 265,000, pero creemos esta cantidad exagerada, calculando que las disensiones intestinas, la emigracion, el cólera y sobre todo la paralización del comercio, han dado repetidos golpes á la prosperidad de aquella capital.

sapareció toda esperanza de conciliacion, y la promesa que despues les hizo de reducir á la mitad la contribucion que habia impuesto al Portugal, no impidió ciertamente que los diputados regresasen á su país para predicar la insurreccion. Y sin embargo, ¿cuantos motivos tenia Napoleon para no armar contra sí al Portugal, en los momentos en que la España entera se sublevaba contra su poder, y en que la Inglaterra fundaba sus mas bellas esperanzas en aquella lucha! Napoleon no conocia aun á los pueblos á quienes provocaba. El profundo desprecio que profesaba á los reyes y á los hombres del Mediodía, le cegaba completamente.

En vano el duque de Abrantes, comprendiendo mejor que su soberano los peligros á que se esponian el ejército y la Francia, probó de apaciguar la cólera de los portugueses, estableciendo un ministerio mixto, es decir, medio francés y medio nacional; conocióse que semejante concesion era solo aparente y efecto del temor, de modo que en lugar de calmar los odios, los exaltó mas y mas, manteniendo la agitacion las noticias que continuamente llegaban de España. Habia llegado el momento en que la estrella de Napoleon, despues de haber puesto sucesivamente á sus piés el Austria, el Imperio, la Prusia y la Rusia; despues de haberle conducido desde Milan á Nápoles, desde Nápoles á Alejandría, y desde Viena á Berlin, amenazaba eclipsarse ante los mas débiles estados del Mediodía, desprovistos de ejércitos regulares, y hasta de gobierno. El entusiasmo de la patria debia suplirlo todo.

Tan severo juicio es el que forma mas tarde el mismo emperador; cuando vencido y relegado en Santa Helena, buscaba tranquilamente las causas de su grandeza y de su caída, no vaciló en considerar su conducta en la Península como una de sus faltas mas desastrosas. «Esta guerra, decia, manchó la moralidad de mi reinado, y fué el origen de todas mis desgracias.» Así ha hablado tambien la historia.

El dia del Corpus; sublevacion general.

Llegó el dia del Corpus, y la capital presentaba su acostumbrado aspecto religioso. Las procesiones recorrian pausadamente las calles sembradas de flores, y los cánticos sagrados pobla-

ban los aires, cuando de repente se oye un grito general de venganza y de muerte, siendo necesaria toda la energia de Junot, para que no fuese aquel dia el de un degüello general de todos los franceses. Sin embargo, fué tal la enérgica actitud del general, que por la noche la tranquilidad pública estaba completamente restablecida.

No sucedió lo mismo en las provincias menos vigiladas que la capital; apenas se supo la desgraciada intentona de Lisboa, cuando todo el norte y el sur se insurreccionaron á la vez, en nombre de la religion y de la patria. Oporto fué el cuartel general de la sublevacion, y pronto se instaló allí una junta soberana. En todas partes las águilas imperiales cedieron el puesto al estandarte nacional; en todas partes eran asesinados los franceses, y en todas partes era proclamado el débil regente que habia huido al Brasil, al igual que Fernando VII en España. Los monges predicaban la guerra santa; el arzobispo de Braga rezaba las preces de costumbre en favor de la casa de Braganza; los ingleses prometian su apoyo, y los generales españoles que habian ayudado á Junot á penetrar en Portugal, hacian causa comun con los sublevados porque se trataba entonces de liberar á toda la Península.

Esfuerzos de Junot.

Preciso es hacer justicia al general Junot, el cual no perdonó medio alguno para ahogar la sublevacion en su cuna; pero no teniendo sino veinte y ocho mil hombres, ni la sumision de Villa-Viciosa que el general Avril mantuvo en la obediencia, ni los triunfos de Maransin en Beja, ni el duro castigo que el general Margaron impuso á Leiria, pudieron neutralizar el entusiasmo nacional; Evora sucumbió despues de una admirable resistencia; y Oporto que acababa de arrojar de la ciudad al general Quesnel, quedó impune. Apesar del dolor que deben inspirar á todo francés los primeros triunfos de la insurreccion portuguesa, ¿como no admirarlos? La causa de los portugueses era santa, y Napoleon habia legitimado su derrota.

En el estado en que se hallaban los ánimos, la derrota del general Dupont en Bailen no podia menos de producir una impresion profunda, no solo en España sino tambien en Portugal.

¿Cómo los franceses no son ya invencibles? Lo que no lograron los mas ilustres generales de Europa á la cabeza de los mas afortunados ejércitos, y con todos los recursos de sus soberanos y de la Inglaterra, lo llevaba á cabo el entusiasmo patriótico. El ardor de los insurgentes se duplicó con esta victoria, y al humillar á las águilas francesas la derrota de Bailen fué á la vez el mas terrible golpe que pudo recibir el poder de Napoleon en la Península y en la Europa entera (22 de julio de 1808).

El duque de Abrantes, espantado por los continuos progresos de la insurreccion portuguesa, y por la actitud de Lisboa, y temiendo la próxima llegada de los ingleses, no cesaba de solicitar el inmediato envío de refuerzos importantes aun cuando no fuese sino para reparar las pérdidas que le habian causado la rapidez de las marchas, las enfermedades y la defeccion de los españoles. Pero lejos de satisfacer Napoleon sus deseos, dióle la orden de enviar ocho mil hombres á Bessieres y á Dupont, y reducido entonces á un ejército de veinte y dos mil hombres, perdido en el fondo de la Península, y colocado en medio de un pueblo sublevado y de una escuadra amenazadora, no le quedaba otro medio de salvacion que concentrar sus fuerzas. Así lo hizo, dejando solo escasas guarniciones en las vecinas plazas de Almeida, de Peniche, de Abrantes y de Elvas, abandonando el resto del país á la insurreccion. Necesidad funesta, si bien todo dependia entonces de la España y de los ingleses. Si los españoles expiaban el triunfo de Bailen, si los ingleses eran arrojados al mar, la sumision de Portugal era inevitable, y Junot se limitó á esperar.

Llegada de los ingleses bajo el mando de sir Arturo Wellesley (29 de julio de 1808).

Tal era la situacion de los franceses cuando en 29 de julio de 1808 los ingleses desembarcaron en la Península.

Hacia mas de un año que fundando los ingleses sus mayores esperanzas en la creciente insurreccion de la Península, acechaban la ocasion propicia para poner el pié en ella; mas por irritada que estuviese contra los franceses, la España no podia considerar á los poseedores de Gibraltar como verdaderos aliados, y por otra parte se creia bastante fuerte para recon-

quitar su independencia, de modo que rehusó los socorros que el gabinete de San James no había cesado de ofrecerle. El Portugal menos confiado, menos fuerte y menos afortunado, habituado á apoyarse en la Inglaterra, acogió con gozo la mano que esta le tendía.

El general del ejército inglés era un jóven, al cual el orgullo británico se complacia ya en considerar como el rival de Napoleón. Sir Arturo Wellesley, en breve célebre bajo el nombre de duque de Wellington, se había hecho ilustre en las Indias. La expedición de Copenhague acababa de aumentar su fama, y cuando se trató por primera vez en Londres de combatir directamente con los ejércitos del imperio francés, todas las miradas se fijaron en Wellesley como en un hombre tan prudente como tenáz.

Wellesley salió de Cork, en Irlanda, con nueve mil hombres, y desembarcó en la Coruña, desde donde procuró ponerse en relaciones con la junta nacional de Oporto. Cuando vió por sí mismo el entusiasmo de que la nación entera estaba poseída, no vaciló en obrar, y reforzado con seis mil ingleses y diez mil portugueses, operó no solo para arrebatár á los franceses la ciudad de Lisboa, sino para interceptarles la retirada á las fronteras de España. La victoria de Bailen había exaltado los ánimos, y era preciso aprovechar tan favorable coyuntura.

Batalla de Vimeiro; convenio de Cintra (30 de agosto de 1808).

Apenas Wellesley se situó cerca del Mondego, cuando inauguró su expedición con un gran triunfo contra el general Delaborde, en Roliza, antes de que el general Loison se le hubiese reunido. Los dos mil quinientos soldados franceses que mandaba Delaborde sostuvieron dignamente el honor de sus armas, y favorecidos por su posición rechazaron varias veces los ataques de todo el ejército inglés; pero después de cuatro horas de un encarnizado combate, y de haber dejado quinientos hombres en el campo de batalla, su general se resignó á replegarse con orden sobre Torres-Vedras. Esta retirada produjo un efecto inmenso en las irritadas poblaciones, y en breve solo quedó á los franceses la plaza de Lisboa contenida por la presencia de Junot.

¿Qué hacer cuando la insurrección aumentaba cada día, cuando se anunciaba la llegada de un nuevo ejército inglés, y cuando la escuadra de Sir Cotton amenazaba continuamente con forzar la barra del Tajo? El duque de Abrantes tomó pronto su partido; y al ver á los españoles de Caraffa desarmados y bien fortificadas las orillas del Tajo, resolvió marchar directamente contra los ingleses y acabar con ellos, dejando en Lisboa mil doscientos franceses bajo las órdenes del general Travot, y llevando consigo once mil quinientos hombres y veinte y seis cañones. Junot sabía que no podía esperar refuerzos, mientras que los recursos del enemigo aumentaban cada día.

Todo lo que pueden el valor, el zelo y la habilidad, Junot lo intentó durante aquel día en la llanura de Vimeiro (21 de agosto); pero sucumbió al fin bajo la superioridad, que el número, la posición y la artillería daban á sus enemigos, y cuando entró por la noche en Torres-Vedras no se le ocultó que había concluido la dominación francesa en Portugal.

Después de haber defendido su honor, Junot no podía hacer más que salvar al ejército, cuyo heroísmo había admirado, evitándole el desastre de Dupont. A este objeto, reunió un consejo de guerra compuesto de todos los oficiales generales, y cuando hubo expuesto á estos las dificultades contra las que había que luchar, decidieron por unanimidad que era imposible vencer, y que era preciso negociar. Elegido para esta misión el valiente Kellermann, dirigióse al campamento inglés, mientras que los restos del ejército imperial se replegaban sobre Lisboa á fin de evitar la insurrección.

Al llegar Kellermann al cuartel general de los ingleses, el mando en jefe de las victoriosas tropas no pertenecían ya á Sir Arturo sino á Sir Enrique Dalrymple; este confió empero á Sir Arturo el arreglo de las negociaciones, y no tardaron en fijarse las bases de un armisticio. Sus condiciones principales eran: los franceses debían evacuar el Portugal, entregando á los ingleses todas las posiciones que ocupaban; los franceses se retirarían con todos los honores de la guerra, y trasladados á Francia á bordo de los buques de Su Magestad británica, quedarían libres de volver en seguida al servicio de las armas. Estipulóse también una completa amnistia para los portugueses partidarios de la